

JUDIT, PROTOTIPO DE MUJER

JOSÉ VÍLCHEZ

En los siete primeros capítulos del libro de Judit un ejército gigantesco ha engullido territorios y naciones y ha puesto cerco a un pequeño pueblo, Betulia, que está a punto de entregarse a la voluntad de sus sitiadores. A partir de 8,1 aparece Judit en escena y todo cambia. Ella levanta el ánimo y la esperanza entre los amilanados israelitas, y la admiración y pasión entre los engreídos y rudos soldados asirios. Pero ¿quién es Judit?

A esta pregunta se responde a partir de Jdt 8,1 de forma muy solemne con una genealogía, la más extensa que una mujer tiene en el Antiguo Testamento. El autor da el nombre de Judit a la heroína de su relato. ¿Por qué elige este nombre? El nombre de Judit aparece sólo una vez en la Biblia hebrea: «Cuando Esaú cumplió cuarenta años, tomó otras mujeres: Judit, hija de Beerí, el hitita, y Basmat...» (Gén 26,34). Pero no es precisamente la mujer de Esaú el modelo de ésta, ya que, como añade el texto del Génesis, éstas mujeres «fueron la amargura de Isaac y de Rebeca» (Gén 26,35). El nombre *Judit* (del griego *Ἰουδίθ*) corresponde al hebreo *Y^hūdīt* (Gén 26,34), femenino del nombre de varón *Y^hūdī* (Jer 36,14), y su significación "judía" es muy apta para elevar a Judit a la categoría de "la Judía" por excelencia. De hecho, Judit aparece como modelo de "la hija de Israel" y como símbolo de la nación judía¹.

En la genealogía de Judit hay nombres muy comunes, como José, Gedeón, Elías; otros son más raros, pero aparecen en listas de hombres famosos. *Israel* está por el nombre del patriarca Jacob², con la intención de subrayar la relación entre Judit y el pueblo de Israel.

Llama la atención que en la genealogía no se haga mención del marido de Judit, Manasés, aunque ya esté muerto; hay algo fuera de lo normal en la manera de hablar del autor: el punto de referencia no es el varón, sino la mujer. En Jdt 8,2 se dice que Manasés era de la *tribu y parentela* de Judit, no al revés, como

¹ Cf. 16, 4.

² Cf. Gén 32, 28-29.

era la costumbre. En Tob 1,9 leemos, por ejemplo: «De mayor me casé con una mujer de mi parentela, llamada Ana»³. Tradicionalmente lo que contaba era la estirpe del varón, no la de la mujer. Judit se sale también de la norma en lo relativo a la herencia y a la administración de los bienes⁴.

Judit se había recluido en su gran mansión de Betulia, después de la muerte de su marido, y se mantuvo fiel a su memoria hasta el final de sus días, a pesar de los muchos pretendientes que le salieron y de la buena fama y posición social de que gozaba⁵. El autor presenta a Judit, viuda y sin hijos, como modelo de la mujer israelita. Al no tener lazos familiares especiales, dedica la mayor parte de su tiempo a los más rigurosos ejercicios de penitencia y de piedad. *Había preparado una habitación en la azotea de su casa*, donde discurría toda su vida.

En su retiro doméstico Judit llevaba una vida de rigurosa penitencia. En cuanto a su vestido, *ceñía un sayal*; su ropa interior era de tejidos toscos y ásperos que martirizaban su cuerpo; el vestido externo era sobrio, austero: *los vestidos de su viudez*. Su comida era más que frugal: voluntariamente *ayunaba todos los días de su viudez* menos los festivos y sus vísperas; pero participaba *en los días de regocijo de la casa de Israel*. Allí también recibía a los magistrados de la ciudad y desde allí dirigía sus negocios⁶.

Cómo era Judit personalmente.

En cuanto a su aspecto físico el autor es rotundo: *Judit era hermosa y muy bella*. Judit lo sabe y utiliza su belleza como arma de conquista⁷. Todo un ejército de soldados, y a la cabeza su capitán general, se rinden ante la belleza y prudencia de Judit⁸. Por su belleza Judit entra a formar parte de la serie de mujeres que alaba la Escritura, empezando por las grandes matriarcas: Sara, Rebeca, Raquel y Ester⁹. La espléndida belleza de Judit está bien guardada tras los muros de su casa solariega, como la azucena en su jardín, esperando el momento oportuno de mostrarse a los ojos del cazador de Israel, Holofernes, que será cazado por ella.

La situación social de Judit era buena. Su marido le había dejado una gran fortuna en *oro y plata*, en bienes muebles e inmuebles. En una sociedad agraria, como la israelita, la riqueza consistía en *campos* de cultivo, en *rebaños* y en la multitud de *criados y criadas* que se encargaban de las labores del campo, del

³ Ver, además, Tob 4,12; 6,12; Esd 9,1-2.

⁴ Cf. Jdt 16,23-24.

⁵ Cf. Jdt 16,22-23.

⁶ Cf. Jdt 8,7; 8,11-36.

⁷ Cf. Jdt 16, 6. 9.

⁸ Cf. 10, 4.7.14.19.23; 11, 20-23; 12, 13.16.20.

⁹ Gén 12,11.14; 24,16; 26,7; 29,17; Est 2,7,

cuidado de los animales, del servicio y orden de la casa. La legislación israelita antigua excluía a la viuda sin hijos de la herencia del marido difunto¹⁰. Posteriormente se favorece más a la viuda, pero en ningún caso hasta llegar a heredar la fortuna del marido y poder disponer de ella, como hace Judit según 16,21 y 24.

En cuanto a la moralidad de Judit, *nadie podía reprocharle lo más mínimo*. Más adelante el mismo Ozías, jefe principal del pueblo de Betulia, reconocerá que «desde el principio de tus días todo el pueblo conoce tu inteligencia y tu buen corazón» (8,29). La buena fama de Judit se afianzará cada vez más en su pueblo e irá en aumento¹¹.

Dignidad de la mujer en la vida pública.

En el ámbito de la vida pública es donde se manifiestan más esplendorosamente las extraordinarias dotes de esta mujer fuera de lo común. Judit sobresale en un mundo que los varones han hecho a su medida. El libro de Judit eleva la dignidad de la mujer a la cima a la que aún no han llegado ni los más entusiastas luchadores por la igualdad de los derechos entre el hombre y la mujer.

Judit, desde el retiro de su casa, sigue paso a paso la situación apurada de Betulia y decide actuar por su cuenta, no sin antes llamar la atención a los representantes del pueblo por su equivocada interpretación de la providencia especial de Dios sobre el pueblo de Israel. La figura de Judit se agiganta, como si fuera una nueva Débora¹². La escena es difícilmente creíble, si no fuera por la gran personalidad de Judit que supera su condición de viuda joven, aunque sea muy rica y temerosa de Dios. Judit se comporta como una persona investida de autoridad: la autoridad moral que el pueblo entero le otorga¹³. Ella encarna, además, el espíritu inquebrantable de un pueblo que cree firmemente en el Dios de la alianza y espera de él la salvación. El autor pone en boca de Judit el mejor discurso teológico sobre la trascendencia divina y la libertad soberana de sus designios frente a la pequeñez del hombre, que neciamente se atreve a desafiar al mismo Dios. Se enfrentan dos visiones de fe: la de los jefes del pueblo, que tientan a Dios exigiéndole una intervención extraordinaria en un plazo determinado de cinco días, y la de Judit, que espera confiadamente en la misericordia y ayuda del Señor, sin poner condiciones previas. Judit sólo confía en la ayuda del Señor, a cuya disposición pone toda su persona con peligro de su vida y de su honor, y actúa como si todo dependiera de su propia actividad e ingenio.

¹⁰ Cf. Núm 27,9-11.

¹¹ Cf. Jdt 16,21.23.

¹² Cf. Jue 4.

¹³ Cf. Jdt 8,28-29.

Había que tener mucha seguridad en sí misma y mucho valor para llamar a los ancianos de la ciudad y dirigirles en su cara una filípica implacable. Judit desautoriza teológicamente ante el pueblo a los que lo representan y dirigen; interpreta el juramento de Ozías como una especie de chantaje a Dios. Pero Dios es Dios y no hombre, por lo que no se le puede intimidar. La voz firme y segura de Judit resuena como la voz de un gran profeta en Israel, que fustiga a sus oyentes porque se han extraviado: «Escuchad la palabra del Señor, vosotros todos, hombres de Judá...» (Jer 7,2). Aunque Judit no es profetisa, habla como si lo fuera. *Ha sido un error*; os habéis equivocado en lo *que habéis dicho hoy a la gente*. Judit reprocha a los jefes de Betulia que se hayan obligado *ante Dios, con juramento, a entregar la ciudad* a los asirios, que la asediaban, si en el plazo de cinco días Dios no les mandaba una ayuda extraordinaria, una abundante lluvia, por ejemplo.

Los argumentos teológicos, por los que Judit reprende tan duramente a los jefes de la ciudad, los da en 8,12-13. ¿Quiénes sois vosotros *para tentar a Dios en el día de hoy*? Exigir al Señor que manifieste sus planes ocultos con pruebas que se puedan constatar con los sentidos, es tentar a Dios, algo que está expresamente prohibido en la Ley: «No tentaréis al Señor, vuestro Dios, poniéndolo a prueba, como lo tentasteis en Masá»¹⁴. Es, además, un acto de necia soberbia intentar ponerse al mismo nivel de Dios; cuánto más *por encima de él*. Poner plazos -cinco días- a la intervención de Dios es querer someter la libertad de Dios a la del hombre. ¿Quiénes creéis que *sois vosotros*? ¿Acaso creéis que tenéis poder para enfrentaros al Todopoderoso y ponerlo a prueba, como si fuera uno de nosotros? De esta manera *nunca entenderéis nada* acerca de los ocultos planes de Dios.

El poder y la misericordia del Señor se sustentan en sí mismos, no en lo que Dios haga o deje de hacer con relación a nosotros y a la historia en general. El Señor *tiene poder para protegernos* y también *para destruirnos* cuando y como quiera. Tanto si nos salva como si nos destruye, Dios sigue siendo el mismo. *Si no quiere ayudarnos en estos cinco días*, no es motivo para desconfiar de su poder y misericordia. El Señor tiene sus *planes*, que no conocemos. Ningún mortal tiene derecho a exigirle que nos los revele, ni, mucho menos, a amenazarle, como si fuera un hombre, o a intentar manejarlo como a un ser inferior o a un juguete. Dice Job: «Dios no es un hombre como yo» (9,32), y en Os 11,9 leemos: «Que soy Dios y no hombre» (Sal 90,2). La religión no es magia, ni Dios un ídolo, fabricado por el hombre a su imagen y semejanza. La actitud correcta ante Dios es la de esperanza confiada, esperanza firme, aun contra toda esperan-

¹⁴ Dt 6,16; cf. Ex 17,2.7.

za (Rom 4,18), sin querer que el tiempo se acelere, con la absoluta certeza de que Dios *escuchará nuestra voz*, los gemidos de nuestro corazón, *si le parece bien*. Esta condicional es esencial, pues él es el Señor y nosotros sus siervos; él es el que dispone de nuestra historia según sus planes misteriosos, pero siempre buenos para nosotros: «Él gobierna el universo con acierto» (Sab 8,1). Por esto el salmista puede decir: «Yo confío en ti, Señor, te digo: "Tú eres mi Dios". En tu mano están mis azares: líframe de los enemigos que me persiguen» (Sal 31,15-16).

Después de una arenga tan enfervorizada y religiosa concluye Judit en 8,25-27 con una interpretación teológica de las pruebas y sufrimientos a los que el pueblo está sometido. Al pueblo del tiempo de Judit, al de Betulia, le sucede lo que en tiempos remotos sucedió a los padres Abrahán, Isaac y Jacob: Dios, el Señor, *los pone a prueba*. Todo israelita se sabe de memoria la historia de los patriarcas. De esta historia interesa recordar los momentos más difíciles, los más significativos. A Abrahán Dios le pide que sacrifique a su hijo Isaac, su único heredero. De Isaac Dios espera que sea la víctima voluntaria en el sacrificio que Abrahán, su padre, debe ofrecer¹⁵. De la azarosa vida de Jacob el autor recuerda sólo los episodios ocurridos en *Mesopotamia de Siria, mientras pastoreaba las ovejas de Labán, el hermano de su madre*. Las pruebas y peligros por los que pasan los padres y, en general, los justos, los compara Judit a la depuración de los metales preciosos por medio del fuego. La metáfora es frecuente en la sagrada Escritura: «La plata en el horno, el oro en el crisol, el corazón lo prueba el Señor»¹⁶. Sin embargo, Judit no cree que la prueba que actualmente sufren los israelitas sea más severa que la de los antepasados. Por esto han de dar *gracias al Señor* y considerar las pruebas, no como castigo, sino como una *advertencia*. La finalidad de las pruebas –los azotes del Señor– es siempre la corrección, el perfeccionamiento del individuo o del pueblo.

Finalmente Judit anuncia en 8,32-34 que va a emprender una acción memorable. Si Ozías había retado imprudentemente al Señor, porque todo lo esperaba del cielo sin poner manos a la obra, Judit acepta el reto de Ozías, pero con un plan de acción que por ahora es secreto. Judit asume la responsabilidad de salvar al pueblo. Lo que los jefes, ancianos y varones de Betulia son incapaces de hacer, ella, una mujer viuda y joven, con las únicas armas de su talento, su valor y la confianza en Dios, lo va a realizar. Ozías y los jefes aprueban el plan de Judit y se retiran (cf. 8,35-36). En su anterior respuesta a Judit (cf. 8,28-31) Ozías había mostrado el extraordinario respeto y la veneración que le merecía Judit; en ésta

¹⁵ Cf. Gén 22,6-10.

¹⁶ Prov 17,3; cf. Sal 66,10; Job 23,10; Prov 27,21; Eclo 2,5; Sab 3,5-6.

(8,35-36) se adhieren a Ozías los otros jefes de Betulia, impresionados por la personalidad majestuosa y serena de Judit. No se atreven a preguntarle nada sobre la acción que va a realizar. Respetan su voluntad con un silencio casi ominoso. Le desean que tenga éxito en su misión: que en su camino sólo encuentre la paz y que el Señor vaya delante de ella, como guía, para poder vencer y eliminar a los enemigos del pueblo, y así tomar venganza de ellos por todos los males que le han causado.

El encuentro de Judit con los jefes de la ciudad se da por terminado; éstos salen *de la tienda* que Judit tenía en la azotea de su casa¹⁷ y se marchan *a sus puestos*, es decir, «a las murallas y a las torres de la ciudad» (7,32). La acción queda en suspenso, todos pendientes de lo que haga Judit.

Epílogo

Jdt 16,23 resume con brevedad los últimos años de la vida de Judit con varios rasgos que la ennoblecen aún más. Su *fama* y buen nombre *fue en aumento*, como un buen perfume que se extiende y no se evapora. Betulia *–la casa de su marido–* fue testigo de su vida ejemplar en la juventud, en la madurez y en la vejez. Vivió hasta los *ciento cinco años*: una vida larga, llena, completa, como prometen muchos pasajes de la Escritura a los justos y amigos de Dios¹⁸ y alcanzaron los patriarcas y matriarcas de Israel¹⁹. Como recuerdo entrañable de su bondad y gran humanidad *dejó libre a su doncella*, ejemplo sublime de fidelidad y amistad. Judit *murió en Betulia* en la paz del Señor y en el aprecio de los hombres, y *la enterraron en la sepultura de su marido, Manasés*, o panteón familiar (8,3), según costumbre antigua y a semejanza de las grandes figuras femeninas de Israel²⁰.

¹⁷ Cf. Jdt 8,5.10-11.

¹⁸ Cf. Ex 1,12; 20,12; 25,8; Dt 4,40; 5,16; 6,2; 17,20; 30,20; Sal 21,5; 91,16; Prov 16,31; 20,29.

¹⁹ Cf. Gén 23,1; 25,7; 35,28; 50,26; Job 42,16.

²⁰ Cf. Gén 23,9.19-20; 49,29-32; Tob 4,4; 14,12.